



E. ZARZA, inv.

Est. de J. DONON.

Blanca la estrangera estaba muellemente reclinada sobre un hermoso leon, temiendo otro à sus piés que le servia de banqueta.

cadras en macetas de china, se veían en gran profusion adornando la maravillosa estancia.

En el centro y muy próxima á la fuente, Blanca la Etranjera estaba muellemente reclinada sobre un hermoso leon, teniendo otro á sus piés, que le servía de banqueta.

Empero Blanca, en esta escena no estaba como en otras que la han conocido mis lectores. Había tenido el capricho de disfrazarse de negra, y tenía su hermoso cútis admirablemente teñido de un negro lustroso y aterciopelado.

Vestia un vaporoso trage de crespon blanco, que dejaba en descubierto sus brazos y su cuello, en los que ostentaba un collar y unos brazaletes de brillantes de un valor incalculable. Llevaba el cabello rizado, teniendo en la cabeza un adorno de blonda que caía en grandes lazos por detrás, salpicado de brillantes, que, con el reflejo de las mil bujías, despedían rayos de luz.

—¡Oh! ¡y esa muger que se llama Blanca..... es negra!.... exclamó la marquesa en el colmo de la sorpresa, no cansándose de mirarla como si quisiera devorarla con los ojos. Ahora comprendo sus misterios y por qué se esconde, sin permitir que nadie la vea.

—¿Pero esa muger que está apoyada en los leones es Blanca la Etranjera? preguntó el marqués al criado.

—Sí, señor, la misma; la dueña de este palacio, de la colonia de Santa Clara y de una porción de minas de diamantes que tiene en el Brasil.

—¡Qué lástima que sea negra!.... murmuró D. Alvaro, quedándose pensativo y recordando la juvenil y hechicera figura de la hermosa de quien estaba enamorado y á la que había tenido hasta entonces por Blanca.

—¡Oh! ¡lleva un tesoro en brillantes! exclamó D. Severo moviendo la cabeza para buscar las luces que despedían.

—¡Quién fuera ella! murmuró la marquesa; mejor sentarian en mi blanca tez, que no en esa piel aterciopelada!....

Los cuatro contemplaban con asombro aquella escena, escitando su codicia el inmenso caudal que valían aquellas joyas. ¡Ay! ¡joyas funestas, que la opulenta dama hubiera cambiado gustosa por una sombra de felicidad!

Un signo de Blanca bastó para que la escena cambiase; la música cesó; dispersáronse los negros por entre las galerías, y abriéndose una puerta que ocultaba un tapiz de terciopelo, se presenta-

ron varias personas, que quedando ocultas en la sombra, no pudieron ser reconocidas por la marquesa hasta que por su orden fueron avanzando, segun las nombraba el mayordomo, vestido de gran librea.

Don Alvaro, volviéndose hácia el criado, quiso preguntarle qué significaba aquello; pero éste habia desaparecido, dejándolos encerrados en aquel gabinete; no tenian, pues, mas remedio que escuchar la escena que se preparaba.

—¡Silencio! dijo la marquesa fijando toda su atencion.

—¡El señor Adalberto Guanter y su esposa! dijo en alta voz el mayordomo haciendo una seña á los dos ancianos para que se adelantasen.

Luego repitió:

—Doña Rita Guanter, esposa de D. Geroncio Maravillas, y sus hijos; ésta adelantó rodeada de los cuatro niños.

Al presentarse Adalberto y su muger, la marquesa, sin poder contener su sorpresa, exclamó:

—¡Mis padres! con una voz débil, pero cuyo eco resonó en el corazon de Maravillas, que á su vez murmuró:

—¡Mis suegros!

Despues, al ver á Rita, ambos dijeron:

—¡Mi esposa!

—¡Mi hermanal y se miraron el uno al otro con asombro.

—¡Es tu muger esa? dijo Cristina.

—Sí; y aquellos mis suegros.

—¡Y yo no lo sabía.... ¡somos cuñados!....

—¡Qué dices! ¡Será cierto!.... adios, mis esperanzas, exclamó Geroncio sin poder dominar su inquietud. Dejándose llevar del terror, habian hablado como si estuvieran solos.

El marqués los contemplaba con ojos iracundos; D. Severo con la fria impassibilidad de un alma egoista.

Entretanto las presentaciones continuaban; el mayordomo dijo de nuevo, haciendo seña á dos caballeros para que se acercasen:

—El señor conde del Olivo y su hijo Ildemaro.

—¡Oh! ¡el infame!.... ¡es ese tu indigno seductor!.... gritó con ira el marqués.

—¡Oh! ¡mi hijo!.... balbuceó con angustia la marquesa, no pudiendo soportar tantas emociones.

— ¡Tu hijo! ¿el amante de Tránsito, el que sorprendiste con ella en su cuarto?

— Sí; él es.

— ¡Oh! ¡qué cúmulo de males! ¡cómo no ha de caer sobre nuestra cabeza la maldición de Dios!....

Fray Severo miraba á los dos esposos y al aturdido Geroncío con una complacencia infernal; empero, no tardó en llegarle su turno de quedar tan anonadado como ellos. La robusta voz del mayordomo volvió á sonar:

— Los tres huérfanos de D. Juan Alvarez Leal, dijo con enfática entonación, señalando un lugar cerca de Blanca, á Senen, que llevaba del brazo á las dos gemelas Renata y Zoa, ó mas bien diremos, Silvia, pues este era su verdadero nombre.

Esta vez le tocó palidecer al fraile; se apoyó, para no caer, en el quicio de la puerta, y lanzando una mirada de ódio á los tres hermanos, murmuró trémulo de coraje:

— ¡Oh! ¡viven!.... ¡viven los tres!.... ¡estoy perdido!....

Dos solos personajes quedaron en la sombra, que se adelantaron á un signo del mayordomo. Eran Tragabombas y Juan Cortante el torero. El asombro de que se hallaban poseidos retratábase en sus facciones; todo era para ellos magnífico, sorprendente.

Quando estuvieron estos personajes alrededor de Blanca, se levantó, hizo una seña para que se llevasen los leones y les dijo con una voz armoniosa y sonora, que resonó en el corazón de las cuatro personas que atisbaban detrás de la cortina:

— Sois desgraciados, y quereis poneros bajo mi proteccion; seguidme, pues, y escuchándolos, aliviaré vuestras quejas y vuestros dolores.

La condesa, atravesando con paso firme la estancia, entró en un salon inmediato; todos la siguieron, cerrando el mayordomo la comitiva.

Apenas desapareció el último, quedó de repente la galería gótica en una profunda oscuridad.

La marquesa dió un grito de espanto, que fué contestado por el rugido aterrador de los leones, que entraron en el gabinete, conducidos por el negro que facilitó á nuestros curiosos la entrada en el palacio.

CAPITULO XXVI.



La audiencia.



os personajes que hemos visto cerca de la Estranjera, penetraron en un salon suntuosísimo, mas bello, si cabe, que la galería gótica. Blanca entró en un gabinete lateral, donde fué recibiendo particularmente á cada uno.

El conde fué el primero.

—¿No me conoce V., amigo mio? le dijo Blanca viendo la sorpresa pintada en las facciones del conde.

—En verdad, señora, que no sé qué decir á V.; la escena que acaba de tener lugar me ha dejado absorto.

—¿No ha reconocido V. bajo el tinte negro que cubre mi tez, á la condesa de Paraná, ó por otro nombre, á su nueva amiga?.... pues yo con mejor memoria recuerdo me ofreció V. su apoyo y su amistad no ha muchos dias en la quinta de la señora de Mendoza.

—Es cierto; mas ese color.....

—Es un disfraz.

—Entonces el verdadero color de V. ¿cuál es?... pues recuerdo haberla visto en el vapor cuando vinimos del Brasil, blanca y rubia, morena despues, y negra hoy.

—Mi color natural es el primero; pero yo adopto el que mejor conviene al desarrollo de mi plan de venganza.

—Basta, señora; respeto sus misterios y solo deseo que me conceptúe digno de serla útil.

—Mil gracias, conde; acaba V. de prestarme un gran servicio; no fué por el solo capricho de que me viera V. disfrazada de negra al llamarle á V. esta noche.

—Otro misterio que, sin comprender, acato tambien, dijo el conde encogiéndose de hombros.

—Y bien: dia llegará en que los sepa V. todos; no soy yo tan indulgente como V., que deseo conocer un secreto, quizá el único de su vida.

—Si en mí consiste su declaracion, lo sabrá.

Blanca, sacando la carta que el conde escribió á la marquesa, le dijo:

—¿Conoce V. esta carta?

—Sí, señora: es mia; yo se la he dirigido á la marquesa de Blancarosa.

—En ella le pregunta V. quién es el padre de Ildemaro.....

—Es verdad.

—Bien; pues ahora yo necesito saber quién es la madre.

—¿Y no lo adivina V.?

—¿Quizá Cristina Guanter?

—La misma.

—Gracias por la confianza; no crea V. que la curiosidad me mueve á saber sus secretos; es únicamente el deseo de promover el bien y evitar el mal.

—No pretendo saber las causas que pueda tener para obrar así, dijo el conde.

—Pláceme decírselas, descargándome de un peso enorme, porque V. tomará sobre sí el cuidado de este asunto.

—Como V. guste, contestó inclinándose el conde.

Blanca exclamó:

—Siendo Cristina la madre de Ildemaro, es éste hermano de Tránsito, y como segun tengo entendido, se aman, convendria que supieran el lazo que los une.

—¡Ah! tiene V. razon; se lo diré, porque conviene prevenir el mal antes que llegue. ¿Tiene V. alguna cosa mas que indicarme? porque voy ahora mismo á desvanecer ese error.

—Nada, conde; solo le ruego que deje permanecer á su hijo en la idea de que soy negra, y no le revele el secreto hasta conocer el estado de sus relaciones con Tránsito.

—Serán cumplidas sus órdenes.

—Esta casa está á su disposicion; celebraré verle el jueves, dia en que recibo á mis amigos íntimos.

—¡Oh! no faltaré; es un honor para mí demasiado grande.

—Adios, conde.

—Adios, señora, repitió él alejándose.

Instantes despues entró Ildemaro.

Blanca, asemejándose á una reina cuando concede audiencia á sus súbditos, estaba de pié, cerca de una consola de mármol, donde habia dos grandes candeleros con seis bujías ardiendo cada uno.

El jóven contempló la imponente y magestuosa figura de la condesa con una especie de respetuosa gratitud que contrastaba con su carácter altivo y enérgico. Se inclinó profundamente, aguardando á que ella le hablase.

—¡Acérquese, mi querido pintor!.... acérquese el genio fecundo; deseo felicitarle por su magnífico cuadro, dijo Blanca con un tono de voz dulcísimo y melodioso.

—¡Señora!.... cuanto soy y cuanto valgo, lo debo á V. E.....

—Nada de tratamiento; quiero, amigo mio, ser para tí una madre, una hermana..... ¿me lo permites?....

—¡Tanta bondad!.... ¡oh! permítame V., señora, que la manifieste toda la ardiente gratitud de que me siento poseido, todo el entusiasmo que sus generosas acciones me inspiran.

—Yo, bajo el velo del misterio, procuro el bien á los que le

merecen; tú eras bueno y te he protegido; luego no me debes nada; se lo debes á tu bondad, á tu noble corazón.

—¡Ah, señora! solo V., que es una santa, puede portarse de ese modo; ojalá que todos los poderosos hicieran lo mismo, imitaran su conducta, descubriendo y premiando la virtud y el mérito; pero sucede lo contrario: siempre la audacia, el descaro y el vicio encuentran propicia á la caprichosa fortuna.

Blanca sonrió, escuchando la amarga filosofía de su joven protegido; y no queriendo sin duda prolongar la conversacion, le dijo:

—Y bien: tú querias conocerme, pediste á Lindora una entrevista, ¿no es verdad?

—Sí, señora; deseaba dar á V. gracias por su proteccion, haciéndola presente el profundo reconocimiento de mi alma.

—Ya está satisfecho tu deseo; ¿anhelas alguna cosa mas?

—Únicamente ofrecer á V. las seguridades de mi consideracion y las ardientes protestas de mi gratitud.

Ildemaro conoció que estaba terminada la audiencia y se despidió.

Blanca, con un ademán de magestad suprema y de infinita gracia, le dijo:

—Adios, mi laureado artista; ya sabes que te aprecio.

—¡Mil gracias, señora!... murmuró el joven, y repitió en voz baja mirándola por última vez: ¡Oh! ¡es una muger encantadora! ¡qué lástima que sea negra!... ¡y yo no sé por qué su voz resuena en mi corazón con una melodía seductora!...

Por una puerta salió Ildemaro; por otra entraron los huérfanos de Alvarez Leal.

Blanca se adelantó hácia ellos, y abrazando á las niñas, les dijo:

—Dispensadme, hijos míos, que os haya hecho venir; pero necesitaba de vuestra presencia.

—Es V. muy dueña de disponer de nosotros como guste; puesto que, segun nos ha dicho la señora de Mendoza, á V. deberemos la fortuna de recobrar nuestros bienes.

—Y á ella debereis la felicidad; hacedme el favor de decirla

que os trasladareis á un lugar seguro; vosotras á la colonia de Santa Clara, y Senen á casa del conde del Olivo; pero antes nos pondremos de acuerdo.

—Está bien; ¿y tiene V. alguna otra cosa que mandarnos?

—Rogaros únicamente que me concedais vuestras simpatías.

—Eso sí, y nuestro cariño mas profundo, contestaron los jóvenes, que se retiraron lo mismo que Ildemaro, repitiendo: ¡qué lástima de color!....

Tocó el turno á Adalberto y su familia.

—Acercaos, les dijo Blanca; ellos la miraban con asombro; era la primera vez que la veían.

—En vuestro rostro se vé pintada la sorpresa; ¿os admira mi color? les preguntó.

—Es que no teníamos el gusto de conocer á V. E., dijo Adalberto; no estrañe, pues, nuestro asombro.

—Nada tiene de particular; habeis encontrado acaso lo que no esperabais: una negra, que se llama Blanca y que posee inmensas riquezas para premiar la honradez.

—Con esas palabras nos recuerda V. E. que, en lugar de asombrarnos, deberíamos arrodillarnos á darla mil gracias por su bondad, manifestándola nuestro respeto, nuestra gratitud y nuestro amor.

Diciendo esto, Adalberto se arrodilló; imitáronle su muger, su hija y los niños.

—Alzad: no se trata de esto; os he llamado para que os veais frente á frente con Cristina y con Geroncio Maravillas, su amante; seguid á mi mayordomo, él os conducirá á donde se hallan; descargad sobre ellos todo el peso de vuestra justa indignacion; pero cuidado con pasar á vias de hecho; su castigo me corresponde á mí.

Blanca tocó en un timbre, apareció el mayordomo, y recibiendo las órdenes de su señora, salieron todos.

Poco despues entraba Tragabombas, ó sea D. Tadeo Rompelanzas; iba vestido con levita negra, pantalon lo mismo, botas de charrol, guantes negros y su sombrero en la mano.

—Y bien: ¿me traes los papeles que mi camarera fué á pedirte la otra tarde?

—Sí, señora; así lo ofrecí y lo cumplo.

—Me alegro que seas hombre de palabra.

—Aquí están; con mas la declaracion que se me ha exigido, manifestando con multitud de datos la existencia de la niña Renata Alvarez Leal y sus derechos á la herencia de sus padres.

—Corriente; en pago yo te doy esa cartera que tú has perdido y que puede comprometerte, porque tiene papeles interesantes que declaran tu complicidad en los crímenes cometidos en los conventos.

—¡Mil gracias, señora!.... Crea V. E. que me preocupaba mucho esta cartera.

—Pues ahí la tienes; consévala, y adios; sigue á mi mayordomo: él te dará alguna ligera espresion.

—Vuelvo á reiterar á V. E. mis protestas de gratitud, dijo Tadeo haciendo ridículas cortesías y sin dejar de mirar con ojos atónitos á la negrísima y opulenta dama.

—¡Hé aquí una negra que yo haría con gusto mi esposa! se fué diciendo Tragabombas..... ¡Y qué no valen los brillantes que lleva encima!.... ¡cuernos de vaca! ¡constituyen una fortuna!.... ¡quien los pillára!....

El último que quedaba aguardando su turno era Juan Cortante, el torero. Entró en el lujoso gabinete con cierto fingido descaro, con esa audácia natural en las gentes de su clase; mas apenas vió la magestuosa actitud de Blanca, que le aguardaba de pié con la cabeza erguida y la mirada fija en su semblante, se intimidó, quedándose parado, sin atreverse á decir una palabra.

Blanca le dijo:

—Te he llamado, Juan Cortante, para decirte una historia.

El torero, cobrando un poco de osadía, alzó la cabeza.

—¡Una historia!.... murmuró á media voz.

—Sí; acércate y escucha: Era el 17 Julio de 1834, dia fatal, en que murieron muchos infelices bajo el peso de tu cuchilla. ¿Te acuerdas?

—Sí, señora; mal que me pese.

—Bien; cuando cansado de matar, harto de crímenes y de sangre, volviste á tu casa, encontraste á tu muger que tenia en brazos á los dos niños de D. Juan Alvarez Leal; á su lado estaba espiando la nodriza de la niña.

—¡Es verdad!.... exclamó empezando á temblar.

—Murió en efecto; la muger, creyendo salvarse de la epidemia que reinaba en casa de su amo, se fué á refugiarse en la tuya; pero no consiguió su objeto. Los niños quedaban solos, desamparados, cuando casi al mismo tiempo que tú, se presentó un caballero, y te dijo:

—«Los padres, la familia toda de esos niños han muerto; nadie queda en el mundo que los reclame; ¿quieres dármelos y te daré una gran recompensa? tú respondiste:

—» Sí, señor; esta es la ocasión de ganar dinero; enviaré una carta á su casa, diciendo que han muerto con la nodriza; y no puede descubrirse, porque hoy todo anda revuelto; las gentes mueren como moscas, y sin ninguna formalidad las llevan en carros al Campo Santo, apenas cierran el ojo; conque si el pago me acomoda, es trato hecho.

—» ¿Cuánto quieres?

—» Déme su merced ocho mil reales, dijiste.»

El caballero, sin replicar una palabra, te los dió, cogió los niños de bajo de la cama y se marchó, no habiendo tú vuelto á saber una palabra de él, ¿no es verdad?... contesta sin temor.

—A fé de Juan Cortante que todo es cierto como lo pinta su señoría; yo digo la verdad; y la pido por todos los santos del cielo, que no me pierda; porque estos tiempos no son aquellos.

—Tú contesta con claridad á todas mis preguntas y no tengas cuidado.

—Dígame su merced lo que guste.

—¿Tú confiesas que aquellos niños eran los hijos de D. Juan Alvarez Leal?

—Ya lo creo, ¡sin ningun género de duda!.... como que al niño, que tendria unos dos años, casi le ví yo nacer.

—¿Y conocerias hoy al caballero que te los compró? pues aquel trato no puede llamársele de otro modo.

—¡Dificilillo es despues de quince años!.... y mas cuando iba disfrazado; porque despues de marcharse, me dijo mi muger:

—«Sabes lo que te digo, Juan: que ese hombre es un fraile como tres y dos son cinco.

—»Muger: tú estás loca..... la contesté.

—»No, marido; estoy en toitico mi juicio y te aseguro que el que se ha llevado los dos niños es uno de esos aborrecidos sotanas que han envenenado las fuentes.

—»Pues mira: siento no lo hayas dicho antes; pero voy á buscarle y que se encomiende á Dios si le encuentro. Y efectivamente le busco; mas en vano: desapareció como una sombra.»

—Ignoraba el final de esa historia, y me alegro que le hayas contado; así constará un dato mas.

Al decir esto, Blanca dió un ligero golpe en el timbre, y descorriéndose una cortina, se presentaron á la asombrada vista del torero dos hombres vestidos de negro; que escribian en papel sellado la conversacion anterior y todas las declaraciones del torero.

—¡Virgen del Cármen!.... ¡estoy perdido!.... exclamó éste con desesperacion reconociendo en aquellos caballeros un juez y un escribano.

—¿Cómo se llama V.? le dijo el juez.

—Juan Cortante, balbuceó medio temblando.

—¿Cuál es su profesion?

—Soy torero, señor; y nunca he temblado delante de un toro, tanto como aquí.

Blanca le dirigió una mirada tranquilizadora, y el juez añadió:

—Acérquese V. sin temor, y firme aquí; le señalaba un sitio en el papel.

Como le sintiera vacilar, la condesa le dijo:

—Firma sin cuidado; estás bajo mi proteccion.

—En ese concepto, lo hago, dijo el torero apresurándose á obedecer.

Media hora despues, salió del palacio acompañado del mayordomo, que no le dejó hasta su casa. Juanilla le esperaba con impaciencia; al ver al negro, dijo á su marido en voz baja:

—Ese es el negro que sabe nuestro secreto.

—Dí mas bien que lo sabe todo el mundo; pues acabo de firmarlo delante de un juez.

—¿Qué dices, desgraciado!....

—¡La verdad! pero no te apures; traigo los bolsillos llenos de onzas y he visto esta noche á esa condesa tan poderosa que ha hecho para los pobres la colonia de Santa Clara; la cual me ha ofrecido su proteccion.

—Entonces no hay nada que temer, dijo Juanilla.

—Justo; pero ¿á que no sabes á quién se parece esa condesa? A ese negro; es lo mismito que él: ¡negra como mi chaqueta! ¡qué lástima!

CAPITULO XXVII.

Escena borrascosa.



AMOS á dar cuenta á nuestros lectores de lo que ocurrió á los curiosos que quisieron sorprender los secretos del palacio de Blanca, y solo encontraron en él nuevos misterios y muchos motivos de alarma y de profundo terror.

Al encontrarse á oscuras y recientes todavía las profundas emociones que habian experimentado al ver reunidas en aquel salon las personas que mas temian en el mundo, quedaron inmóviles los cuatro, pálidos y mudos de espanto, creciendo su terrible pánico al sentir próximo á ellos el imponente rugido de los leones.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡qué es esto!.... gritó la marquesa asiéndose al brazo de su marido, que, á pesar del temblor que agitaba todos sus miembros, aun tuvo fuerzas para rechazarla, impulsado por un movimiento de odio que despertó en su corazon la presencia del conde y de su hijo.

—¡Estamos entre las fieras!.... exclamó Geroncio, olvidándose de todo para pensar en su salvacion. Y lanzándose hácia la puerta, pugó para abrirla.

—¡Aquí vamos á fenecer!.... ¡esto ha sido una emboscada! gritaba D. Severo acurrucándose en el último rincón de la estancia.

—No hay cuidado, señores; que los leones van atados y obedecen á mi voz...., dijo el negro despues de haberse gozado largo rato en la angustia que sentian.

—¡Ay! ¿eres tú?.... ¡sácanos por favor de aquí!.... dijo Maravillas reconociendo la voz del negro.

—¿Por qué ha sido esta oscuridad? preguntó la marquesa cobrando ánimo con las palabras de su introductor.

—Claro: porque no fueran Vds. descubiertos, apagué las luces, apenas la señora subió á sus habitaciones.

—¡Qué susto hemos llevado! exclamó la marquesa.

—¡Tremendo! añadió Maravillas.

—Silencio, pues; voy á llevar los leones á la leonera y vuelvo enseguida; no se muevan Vds. de aquí.

—¡Qué horrible ansiedad! ¿Y nos será fiel este hombre? preguntó la marquesa, mirándole desaparecer sin saber por dónde.

—Yo no respondo de nada, dijo Maravillas; he visto esta noche cosas demasiado sorprendentes, para fiarme de nadie.

—Esa negra que se dá el tono de una reina, rodeándose de leones, es para mí cada vez mas enigmática, mas poderosa; no sé qué pensar al ver en este palacio á esa familia de Adalberto, murmuró Cristina.

—En tu sorpresa has revelado un secreto que yo ignoraba: has dicho que somos cuñados.....

—¡Es verdad!.... y no habrá inconveniente en que se sepa; aquí somos todos amigos; D. Severo me hará el favor de reservar este acontecimiento, dijo la marquesa en voz alta.

—Sí, señora; yo seré mudo como un sepulcro; y mucho mas cuando hablan Vds. tan bajo, que no entiendo una palabra de lo que dicen.

—Me refiero al encuentro de mis padres; no quiero que me conozcan; ellos me creen muerta, y me conviene dejarlos en ese error.

—Te engañas; sabemos que vives y venimos á probártelo de-

lante de tu marido, dijo Adalberto presentándose en la habitacion, que se iluminó repentinamente.

—¡Ah! gritó la marquesa. Demasiado comprendí yo que aquí habia traicion.

—La traicion es tuya, hija infame; ahora no lo negarás, puesto que acabas de confesarlo, dijo Carmela con el calor de una exaltacion creciente, entrando en el gabinete detrás de su marido y seguida de Rita.

—¡Adios!... ¡ya tenemos el nublado encima!..., murmuró al verlas Maravillas, procurando esconderse entre los pliegues de una colgadura.

Rita vió esta evolucion, y corriendo hácia él, le sacó de un brazo en medio de la estancia, exclamando con un acento que enroquecía la cólera:

—¡Ven aquí, hombre sin honor y sin vergüenza! ¡mírame frente á frente, si te atreves!...

Geroncio se cruzó de brazos, bajó la cabeza y escuchó con impasibilidad cuantas lindezas quisieron decirle su cara esposa y sus indignados suegros.

Cristina se habia sentado casi sofocada, ocultando el rostro entre las manos, esperando llena de impaciencia el término de aquella terrible escena.

El marqués, atónito, sin comprender casi lo que sucedia en torno suyo, miraba con espanto á unos y á otros.

Adalberto, dirigiéndose á él, le dijo:

—Caballero: desearia saber si es V. cómplice de su muger, ó si ésta ha engañado á V., arrojando sobre su frente, como sobre la nuestra, un baldon de infamia.

El marqués se encogió de hombros.

—¿Que se desdeña V. de hablar conmigo? exclamó Adalberto mirándole con una marcada espresion de desprecio.

—Si Vds. hubieran educado á su hija de otro modo, se habrian evitado la vergüenza, evitándome á mí tambien el deshonor y á ella la desgracia eterna de su vida, murmuró el marqués con voz sombría.

—¡Hola.... caballero!... ¿Conque, en lugar de disculpas, reconvencciones? dijo Carmela tomando parte en la conversacion y dejando á Rita con Cristina.

—Sí, señora: Vds. no cuidaron de su hija, dejándola abando-

nada en brazos de su vil seductor, y hoy que la ven en la cumbre de la opulencia, la persiguen infamemente, acaso con una idea interesada que no puede ocultarse á nadie.

—Se engaña V.; nosotros no necesitamos el esplendor que les rodea, porque es un esplendor comprado con el crimen, y preferimos la pobreza honrada, á una posicion debida al asesinato y á la infamia..... exclamó Adalberto trémulo por el furor y la ira que embargaba su alma.

El marqués, al oír estas palabras, se quedó inmóvil con la palidez de una estatua. Sus ojos giraron en torno suyo, fijándose en los circunstantes con una especie de vértigo, que hacia comprender los remordimientos de su conciencia.

En tanto Rita estaba diciendo á Cristina:

—Vamos á ver, hermana mia, ¿qué idea te llevas en robarme el amor de mi marido y quitar á mis hijos su padre?

—Te confieso que ignoraba esta circunstancia; no sabía que estuvieses unida á él; puedes creerme.

—¡Si fuera cierto!.... te perdonaria.

—Puedes hacer lo que te plazca; en la conviccion de que digo la verdad, porque no tengo interés ninguno en ocultarla, y que tu perdon me es indiferente, puesto que no le demando.

—Tu audácia, querida hermana, es mas digna, que de consideracion, de un desprecio profundo.

—Me es igual; lo que deseo es el término de esta enojosa escena. Dime qué interés te has llevado al provocarla.

—La de hacerte conocer que sé tus criminales relaciones con mi marido.

—Criminales no; hazme el obsequio de rectificar; en este punto puedo levantar mi frente muy alta, porque Geroncio Maravillas solo ha sido para mí un amigo complaciente, que me ha servido de instrumento, y mejor diré de juguete, con la sola esperanza de un premio que no ha llegado ni llegará á conseguir.

—¡Lo oyes!.... aprende á conocer á ciertas mugeres, dijo Rita á su marido.

Éste, dirigiendo una mirada de odio á la marquesa, se acercó á su muger, y dijo:

—Si me arrepiento y enmiendo mis yerros pasados con una conducta ejemplar, ¿podré merecer tu perdon?

—¡Mucho tenias que hacer para conseguirlo!.... y si hoy le

demandas, es porque te ves perdido, y á mí me hallas bajo la proteccion de una poderosa señora.

—¡De una negra miserable..... que de todos los desventurados quiere hacer esclavos!.... murmuró Cristina con desden.

—¡Cuidado..... Cristina! estás en su casa, y una palabra ofensiva pudiera costarte caro.

—¡Qué me importa!.... si salgo con vida de aquí, juro que he de arrancar la máscara á esa aventurera.

En esto el altercado que sostenian los viejos con el marqués iba exasperándose mas y mas, tanto, que á las voces acudieron varios negros.

—¡Moderarse, por Dios! ¡si nos descubren, somos perdidos! dijo fray Severo, que durante la anterior escena habia permanecido silencioso, acurrucado en un extremo del aposento.

—En fin, ¡acabemos! dijo la marquesa adelantándose.

—¡Solo tú faltabas, miserable! la dijo su padre.

—¡Necesito salir de aquí! exclamaba el marqués.

—¿Sí? pues saldreis para ir á una cárcel, por haberos introducido furtivamente en una casa estraña, repuso el viejo.

—¡Eso nunca! exclamó con arrogancia la marquesa.

—Ya lo verás; vas á pagar de una vez todos tus crímenes, y comprenderá tu señor marido que no ha sido la educacion que te hemos dado la que te pierde; sino tu mala índole, tus perversos sentimientos y tu aficion al lujo y á los placeres.

—¿Vá V. á referir la historia de mi vida? interrogó Cristina, roja de furor y mirando á su padre con una espresion de audacia y de descaro indefinible.

—No, hija; la suprimo para evitarte esa vergüenza: un padre, por ofendido que esté, siempre es benigno.

—Hace V. bien de ser generoso; así me pondrán en el caso de serlo yo tambien, aunque con esta sorpresa les conquistas mis antipatías desde luego.

—Nunca nos has querido: esa es la verdad; y en prueba de ello, que no hemos podido hacer que nos reconozcas; sin duda porque te avergonzaba el traje de la humildad que vestimos.

—Ciertamente, confieso mi orgullo; como la sociedad en que vivimos se paga tanto de las apariencias, quiero tenerlas de mi parte; en este concepto, continuaré como hasta aquí léjos de V.

—Y de mí, añadió Maravillas; veo que mi muger vale mas que tú; y me voy con ella.

—Haces bien de cobijarte bajo al árbol que dá mas sombra, le respondió Cristina, acercándose á ver si podia abrir una de las puertas.

—Es inútil; están cerradas, y se abrirán únicamente para dar paso á la autoridad, que ya está avisada.

—Eso no, por favor; ¡evítenos V. este escándalo! dijo Cristina.

—Como eres tan aficionada á las apariencias, lo sientes, ¿no es verdad? Y mas porque, tomando parte la justicia, pueden descubrirse otras muchas cosas!....

—¡Oh! ¡estamos perdidos!.... murmuraban el marqués y don Severo, torciéndose las manos con desesperacion.

—¿Y no podré yo ver á esa gran señora?.... dijo la marquesa.

—Es difícil; la hora de recepcion ha pasado y ya no se la puede ver hasta otro domingo, la contestaron.

—¿Y tendrán valor para entregarnos á la autoridad?

—¿No le habeis tenido vosotros para introducirnos aquí como ladrones?

—No, señor; hemos venido á buscar á nuestra hija.....

—¿A quién? ¿á Tránsito?

—Justamente: á esa niña que tan indignamente ha huido del hogar paterno.

—En eso ha imitado la conducta de su madre; solo que ésta abandonó su casa para entregarse en brazos del deshonor y la infamia; mientras que la pobre Tránsito ha corrido á buscar un refugio en el seno de sus abuelos, prefiriendo la humildad y la pobreza, á la falsa y corrompida atmósfera que reina en el palacio de sus padres.

—¿Luego vive con Vds.? y acaso no tarde en casarse con un jóven tan noble y tan virtuoso como ella.

—¿Con quién? su nombre pronto, exclamó Cristina con ansiedad, presintiendo una horrible fatalidad.

—Con Ildemaro de Cárdenas, hijo del conde del Olivo.

—¡Oh! ¡jamás!.... ¡jamás!.... murmuró la marquesa.

—¡Evítadlo por Dios!.... ¡son hermanos!.... añadió el marqués.

—¡Cómo hermanos! ¿qué horrible misterio es este? gritó Adalberto mirándolos con asombro.

—Sí; ¡ese desgraciado jóven es mi hijo!... exclamó Cristina dejándose caer sobre una silla, fatigada ya de tantas y tan penosas emociones.

—¿Tu hijo?... ¿Luego tú eres aquella tapada misteriosa que conocimos en casa de la señora Aleja?... dijo Carmela.

—Sí, yo fui; conocí á Vds., y pedí al conde que me sacase de aquella casa enseguida.

—¿Y dejó tu hijo en nuestros brazos?... hizo bien; conoció sin duda que la voz de la sangre se dejaría sentir en nuestro corazón.

—Él ignoraba los lazos que nos unen.

—El instinto le hizo quizá adivinarlo, murmuraron los dos ancianos quedándose pensativos.

En aquel instante entró el mayordomo y dijo á todos con voz solemne:

—Señores: despejad; la justicia aguarda y vá inmediatamente á poner en práctica su derecho, apoderándose de los delincuentes.

—¡Salgamos!... ven, Rita, dijo Adalberto.

—¡Yo no voy sin mi marido!... ¡me jura arrepentirse!... exclamó la generosa jóven con acento suplicante.

—Tu marido es un cobarde y no puede nunca ser bueno; déjale entregado á su suerte.

—Eso no; quedaremos los dos, dijo Rita asiéndose al brazo de Maravillas.

La infeliz con una palabra de arrepentimiento y una mirada de amor, olvidó todas las ofensas pasadas, constituyéndose en su protectora.

Así se vengán las mugeres que aman de corazón.

—No te lo permito, le gritó su padre colérico.

—No me separo de su lado; ¡considerad que es el padre de mis hijos!... ¡Oh! ¡perdonadle.... como le perdono yo!....

—Vamos, señores; ¡no hay un minuto que perder!.... decia el negro abriendo una de las puertas laterales para que salieran.

—¡Quédate, pues! dijo Adalberto; pero no vuelvas á vernos mientras vivas con él.

Todos se marcharon, cerrándose la puerta tras ellos.

—¡Qué escándalo!... ¡mañana sabrá todo Madrid nuestra prisión!.... decia la marquesa desesperada.

—Y lo peor es que vamos á subir al palo, añadió fray Severo temblando.

—Si se pudiera saltar al jardin por esta ventana, dijo Maravillas acercándose á una de estas.

—No te cases, todas tienen rejas..... nuestra perdicion es cierta, y si al fin pudiéramos hablar á la señora, se ablandaria; pero esto es casi un imposible.

En tan terrible apuro, todos en pié, pálidos y consternados, aguardaban el término á su angustia, cuando se abrió repentinamente una puerta secreta, que estaba tan disimulada en uno de los ángulos del gabinete, que nadie la habia visto. En el dintel se presentó la magestuosa figura de la condesa de Paraná con su moreno rostro, sus brillantes ojos negros y su gallardísima talla.

—¡Si quereis salvaros, seguidme! dijo con voz hueca y cavernosa, levantándose el velo para que la conocieran, y volviendo á dejarle caer sobre su rostro.

—¡La condesa de Paraná!.... exclamaron con terror los marqueses y fray Severo.

—Sí, yo soy; ¡pero no temais!.... mi mision es de paz; seguidme: os pondré en salvo; aun os queda algun tiempo para disfrutar en el mundo; aprovechadle, en tanto llega el momento de vuestro castigo.

Su indecision fué vencida en el instante que escucharon en el salon inmediato la voz del mayordomo, que decia:

—Por aquí, señor juez, por aquí.

La condesa se deslizó con ligero paso á lo largo de un corredor; seguíanla los dos matrimonios y fray Severo, que cerraba la marcha.

Atravesaron varias habitaciones; en una de ellas vieron la jaula de los leones; Blanca dijo:

—Señor D. Severo: V. debia haber muerto esta noche despedazado por esas fieras; dé V. gracias á mi intervencion, que le evito una muerte tan cruel.

—¡Esta muger ó esta sombra todo lo sabe!.... murmuró la marquesa. ¡Oh! verdaderamente es un sér sobrenatural; voy creyendo que tiene razon mi marido.

Poco despues atravesaron el jardin; una puerta se abrió por sí sola, y se encontraron en la calle; la condesa habia desaparecido.

CAPITULO XXVIII.

El confidente de su muger.



GUILLERMINA, apenas dejó á las niñas en la colonia de Santa Clara y viendo que los calores del estío terminaban para dar lugar á las apacibles brisas del otoño, se trasladó á su casa de Madrid, dejando la quinta de la Retama, que ya no tenia para ella ningun atractivo.

Antes la era grato vivir allí porque para su alma apasionada y tierna era muy agradable el silencio y la soledad, y tambien porque veia continuamente á su amado, y en el silencio de la noche contemplaba las luces de sus ventanas, adivinando su presencia en aquella casa vecina.

Esto concluyó para ella; ¡dulces ilusiones desvanecidas como la niebla de la tarde!....

Al imponerse la resolucion de no ver mas al conde, tuvo que sufrir mucho; su corazon se hacía pedazos, y sin embargo, el amor propio, la voz de su orgullo habló mas alto que su pasion.

—¡No quiero verle!.... ¡tenia un hijo y me lo ha ocultado!.... fingia amarme..... ó por lo menos, yo creí leer el amor en sus miradas; y á quien amaba era á Zoa!.... ¡Oh! si no me queda duda: